

**«Amar nuestra vocación javeriana»
En preparación para el XVIII CG- (3)**

Desde el pasado 22 de febrero, estamos recorriendo el camino cuaresmal que la Iglesia nos propone cada año. El primer domingo escuchamos el pasaje evangélico de San Mateo que presenta a Jesús en el desierto (Mt 4, 1-11). Inmediatamente después de haber sido bautizado, y de haber recibido la revelación del Padre sobre su identidad, - «*Este es mi Hijo, a quien amo. Yo lo he enviado*» - es llevado al desierto por el Espíritu de Dios.

Resulta cuando menos curioso, en una primera lectura, que sea el Espíritu de Dios quien le conduzca a ese lugar árido, deshabitado y solitario, con un propósito concreto: «*para ser tentado por el diablo*». Durante *cuarenta días y cuarenta noches*, podemos imaginar a Jesús viviendo con gran serenidad y alegría su identidad de Hijo amado de Dios Padre. Pero... «*al final tuvo hambre*». Y es en ese momento cuando el *diablo*, sin hacer ruido y sin que se sepa de dónde viene, aparece en su vida.

Pero, ¿quién es el *diablo*? ¿Qué papel desempeña en el plan de salvación de Dios para la humanidad? ¿Por qué aparece en escena desde el principio del ministerio público de Jesús? La palabra griega *διάβολος* significa originalmente “**calumniador**”, “**acusador**”, el equivalente del hebreo *sātān* “adversario”. Por ello, podemos decir que el diablo es esa realidad espiritual que se manifiesta en la vida humana con el deseo y el empeño de separar al ser humano de su origen, de Dios. Esto es lo que intentó hacer con Jesús. El porqué de esto permanece en el misterio de los misterios. Pero es así.

Surge espontáneamente una curiosidad en forma de pregunta: pero Jesús, ¿de qué tenía hambre? ¿Cuál era el deseo que surgió en su corazón y atrajo inmediatamente el interés del *adversario*? Encontramos la respuesta en las propuestas que le hizo el *diablo*. Sí, Jesús, Dios y hombre, «*ha sido probado en todo, como nosotros, pero no cometió pecado*» (Hb 4,15). La voluntad del *diablo* es llevar a Jesús, el hijo de Dios, a su campo; que Jesús, por las opciones concretas de la vida, se aleje de Dios Padre.

«*La serpiente (diablo) – dice el libro del Génesis – era la más astuta de todas las bestias salvajes que Dios el Señor había hecho*» (Gn 3, 1). Y es precisamente así, con gran astucia, como el Diablo se presenta ante Jesús, y le interpela sobre su identidad: «*Si tú eres el Hijo de Dios...*». Quiere poner la duda en el corazón de Jesús: ¡si lo eres, demuéstralo! ¿Pero de qué manera? Y es aquí donde su propuesta se convierte en tentación: propone a Jesús opciones y formas de vida opuestas a la revelación bautismal. Este es el modo de proceder del *adversario* de Dios: entra alabando y tocando lo que constituye la fuerza y el orgullo de la persona (ser hijo de Dios) para luego llevarlo lentamente de su lado; quiere pasar del yo al servicio de los demás, en el *último lugar*, al yo como centro y punto de referencia de todo, *en los primeros lugares*.

¿Cómo lucha Jesús contra el poder del *enemigo*? Muy sencillamente: con la fuerza y la autoridad de la Palabra de Dios: «*También está escrito en la Biblia...*». Uno tiene la impresión de que la Palabra de Dios le viene espontáneamente, porque no vacila, responde con decisión. Viendo a Jesús reaccionar así frente al poder del Mal, uno no puede dejar de pensar en aquella máxima que dice:

la boca habla de lo que hay en el corazón. Cuando hay palabra de Dios en el corazón del creyente, ésta sale en defensa de su identidad bautismal, sin dejarle nunca solo.

«Amar nuestra vocación javeriana»

En nuestra preparación para el XVIII Capítulo General, me parece que también debemos reflexionar sobre la presencia del **diablo** en nuestra vida. Es cierto que hablamos poco de ello entre nosotros, probablemente como reacción a un pasado en el que era frecuente hablar de esta presencia maligna y que trae quizás recuerdos desagradables.

Sin embargo, la fuerza misteriosa del mal está presente allí donde se encuentra el ser humano. Por eso, incumbe a nuestra salud espiritual tener una sana y justa preocupación por la forma en que el Maligno, en su astucia y maldad, se presenta en la vida de quienes se han puesto enteramente en manos de Dios Padre y Creador. Este punto toca directamente el tema del Capítulo general.

¿Cuáles son las propuestas que el espíritu del Mal está haciendo hoy a nuestra Familia Javeriana? Cada uno de nosotros está invitado a responder, no pensando en primer lugar en los demás, sino en sí mismo. A tener la valentía y la lucidez de dar los nombres justos a nuestra realidad personal y comunitaria, hecha de luces y sombras, de deseos santos y pasiones mundanas, de alegrías profundas y quizás incluso de frustraciones existenciales, del deseo de ser santos *como Dios nuestro Padre es santo*, pero enredados aquí y allá en esos hábitos nauseabundos que se han convertido en características de nuestra personalidad profunda, de opciones y modos de vivir y de hacer que están en abierta contradicción con nuestra consagración religioso-misionera... Sólo así, reconociendo la realidad del mal en nuestra vida, podemos desenmascarar la presencia del Maligno en medio de nosotros.

«Amar nuestra vocación javeriana» nos remite a las raíces de nosotros mismos, de nuestra identidad en la Iglesia, de lo que somos y de lo que estamos llamados a ser.

«Dios Creador y Padre nuestro, yo NN siguiendo a Jesús, tu Hijo, ante mis hermanos, y en tus manos NN consagro con voto para siempre mi vida a la actividad apostólica propia de la Sociedad Misionera de San Francisco Javier. Para ello hago voto de vivir en castidad, pobreza y obediencia como hermano entre hermanos, según las normas de las Constituciones».

Como hizo con Jesús, y como hace con todo creyente, y con toda la astucia de la que es capaz, el **diablo** intenta alejarnos de *nuestro primer amor* (Ap 2,4), de ese Sí lleno de confianza y ofrecido en las manos de Aquel que nos ha dado la vida. *Simplemente* le importa que no nos tomemos en serio y con radicalidad lo que aquel día se dijo honestamente al Señor. Sabe que, cuando esto sucede, se abre progresivamente la puerta a todos los abusos, pues ahora el centro de la vida personal ya no será Dios y su Palabra, sino sí mismo, que a su vez se convierte en el criterio de las opciones sobre el estilo concreto de vida, las actividades que hay que hacer y las que hay que dejar de lado, los lugares que hay que frecuentar... «Vosotros sois la sal del mundo. Pero si la sal pierde su sabor, ¿cómo recuperarla? Ya no sirve para nada» (Mt 5,13).

¡Sea por todos conocido y amado nuestro Señor Jesucristo!

Fernando García Rodríguez, sx